

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

## **SECCIÓN HISTÓRICA**

*UNA ENTREVISTA HISTÓRICA PARA RECORDAR. MONROE, ALVEAR E*

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

**IRIARTE**

IGNACIO M. ALLENDE

Buenos Aires, enero de 1824

El general Carlos María de Alvear y el joven teniente coronel Tomás de Iriarte reciben del Gobierno argentino los diplomas que los acreditan como miembros de la Legación argentina ante los gobiernos de Gran Bretaña y los Estados Unidos de América del Norte. La misión fundamental y aparente es la de contestar al reconocimiento de nuestra Independencia de un modo solemne y oficial.

Londres, junio de 1824

Tras ochenta y cinco días de navegación, desembarcan Alvear e Iriarte en las proximidades de Liverpool.

Gran Bretaña acababa de reconocer la independencia de la mayor parte de los Estados americanos, los que, con prontitud, instalan sus legaciones en Londres.

García del Río y Paroissien - comisionados del Perú - ofrecieron un gran banquete al general San Martín, al que concurren Alvear e Iriarte y todo el cuerpo diplomático americano, incluso el ministro de los Estados Unidos, Mr. Rush, importantes personajes, dos o tres almirantes ingleses y algunos lores irlandeses.

La política británica aparentaba ser de apertura y buena voluntad hacia las Américas y marginada de la Santa Alianza, quizás más por efecto de la doctrina de Monroe recientemente formulada que por propio convencimiento.

Respecto de la Argentina, cabía la excepción. Pocos días antes de la partida de Londres de la Legación argentina, Canning, secretario de Relaciones Exteriores, la convoca a una entrevista en su despacho de Downing Street, cuyos resultados fueron meramente informativos e intrascendentes.

Al respecto, Iriarte expresa en sus memorias: "El gobierno inglés estaba entonces en buenas relaciones con la casa de Austria; y como pertenecía a esta familia la mujer de don Pedro I, emperador del Brasil, sabíamos que en la cuestión sobre la Banda Oriental el gabinete británico simpatizaba con el Imperio, a causa de la mediación del embajador de Austria. En el mismo edificio del Ministerio de Relaciones Exteriores había un salón destinado entonces para las conferencias que sobre este negocio tenían con frecuencia Mr. Canning, el embajador austríaco, el ministro brasileño y aun creo que el general Barbacena, que entonces estaba en Londres, y al que yo había visto varias veces en la Bolsa. [...] También comunicamos al gobierno de Buenos Aires copia de una conferencia que el príncipe Polignac (el famoso ministro de Carlos I) acababa de tener con el agente peruano García del Río: éste mismo nos la proporcionó. Polignac, en ella, manifestó las miras de la Francia de monarquizar los nuevos Estados de

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

América. Era en la época en que después de haber el duque de Angulema sometido con el ejército francés toda la España al poder absoluto del rey Fernando VII, la Francia se proponía, en unión con la España, mandar sus escuadras y sus ejércitos del otro lado del Atlántico para sojuzgar la América. Una declaración de Norteamérica salvó entonces al continente de Colón de tan formidable agresión. El gobierno americano de Wáshington protestó contra toda injerencia de ninguna otra nación que la España en la cuestión con sus antiguas colonias, amenazando con oponerse con todas sus fuerzas marítimas. Y con trabajo recabó del gobierno inglés una igual declaración".

Nueva York, setiembre de 1824

Alvear e Iriarte llegan a Nueva York en momentos en que el general Lafayette - con quien se entrevistan - es huésped de honor de los Estados Unidos, que lo reciben apoteóticamente.

En Filadelfia y en Wáshington volverán a encontrarse con el jefe nacional parisiense de 1789 y héroe de la independencia norteamericana.

Al partir de Filadelfia rumbo a Wáshington, en Alejandría, Alvear e Iriarte, en forma incidental, avistan a quien sería el ilustre interlocutor y motivo fundamental de la misión encomendada. Iriarte relata en sus memorias: "Al llegar a Alejandría nos apeamos en el hotel más fashionable situado en la plaza mayor; y como las ostras de Alejandría tienen fama de bondad, y Alvear era un gastrónomo de primera fuerza, me propuso que fuésemos a indagar dónde se servían las mejores, para gozar de tan apetitoso manjar más que fuese en un bodegón. Así lo hicimos, y satisfecho nuestro apetito regresamos al hotel para subir al coche y continuar el viaje a la capital. Un hombre de un porte majestuoso y respetable por sus canas se paseaba solo en la ancha vereda: nuestro cochero, un negro, se acercó a hablarnos en privado: «Aquel señor, nos dijo, señalando al anciano, es el presidente Mr. Monroe: se dirige también a la capital, pero se le ha cansado uno de los caballos del coche, y me ha pedido que e proporcione uno de los míos (nuestro coche tenía dos tiros, cuatro caballos); yo le he contestado que no podía complacerlo, porque el coche y los caballos estaban alquilados y pagados por unos señores extranjeros. Entonces, me dijo el Presidente, es seguro que yo tendré el caballo, porque no es para mí, yo marchó a caballo, es para unas damas que voy acompañando que van en coche y los extranjeros son muy galantes con las damas. Ahora continuó el cochero, vengo a saber si los señores querrán ceder uno de los caballos al señor Presidente. En el momento contestamos por la afirmativa, y el negro fue a comunicarlo al Presidente: éste nos dio las gracias por medio de un saludo, pero sin acercársenos. El no nos conocía, bien que precisamente hacía aquel viaje por llamado del secretario de Estado y para recibirnos en nuestro carácter diplomático. Aunque esta aventura es bien trivial la he insertado aquí como muy característica".

Washington, octubre de 1824

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

A diferencia de la protocolar entrevista con Canning, la proximidad del diálogo con el Presidente, por sobre el hecho de la investidura revestida por el personaje, debía tener para Alvear e Iriarte un apasionante significado en tanto Monroe era uno de los fundadores de la independencia americana. Durante la guerra de la emancipación, Monroe acompañó al general Wáshington como edecán; fue ministro plenipotenciario ante varias cortes de Europa, desplegando grandes talentos y un gran fondo de probidad republicana. Era secretario de Estado de Madison, cuando fue elevado a la presidencia en 1817, siendo reelecto en 1821.

Con el fin de la presidencia de Monroe terminaba el máximo liderazgo del país por parte de uno de los fundadores de la nacionalidad.

Iriarte relata en sus memorias: "Al día siguiente fuimos introducidos por el secretario de Estado, Mr. Quincy Adams, en el salón de los embajadores y recibidos allí por el venerable Mr. Monroe, en calidad de presidente de los Estados Unidos: no hubo aparato de tropas ni músicas, ni asistencia de corporaciones, ni otros espectadores de la sencilla ceremonia que los cuatro nombrados. Alvear le dirigió una arenga en español, de estilo y alusiva al caso. El Presidente contestó en pocas pero bien sentidas palabras en inglés, y se despidió en el acto, sin que hubiéramos tomado asiento. A esto se redujo la solemnidad de aquel acto diplomático que no pudo ser ni de menos duración ni menos recargado de hojarasca. [...] Al día siguiente hicimos una visita particular al Presidente en su gabinete privado: la habitación era bien sencilla aunque adornada con decencia. Nos recibió sin ceremonia, y tuvimos una sesión agradable por la franqueza de expresión de aquel anciano respetable: duró más de dos horas. Nos habló de las simpatías del gobierno y pueblo americano por la causa de nuestra independencia por la que todavía peleábamos: nos dijo que como tenían por su edad más capacidad que los nuevos Estados, comprendían mejor toda la importancia trascendental de nuestros triunfos, de nuestras victorias y que siempre las habían celebrado con más íntimo contento que nosotros mismos; porque los Estados Unidos habrían tenido que sufrir las pretensiones de la Europa si nosotros sucumbíamos en la contienda con la España; porque la Europa miraba con suma inquietud el germen republicano que se desarrollaba en todo el continente americano, y deseaba sofocarlo. «El carácter de nuestro gobierno, decía, es hacer el bien sin vociferarlo; así es que después que el duque de Angulema derribó con su ejército al régimen constitucional en España, el gobierno francés pensó seriamente en unirse a aquella Nación para sojuzgar las antiguas colonias: entonces solicitamos del gobierno inglés se uniese a nosotros para declarar solemnemente que no permitiría la interferencia de ninguna otra Nación que la España, en la empresa de reducir las colonias insurreccionadas. Sabíamos que así la salvábamos porque la España no podía, luchando sola, sofocar la revolución. Pero el gobierno inglés nos contestó con evasiones; y entonces el gobierno norteamericano, tomando una actitud amenazante, porque la Inglaterra teme por su comercio con la India una guerra con este país, lo requerimos por segunda vez y cedió a

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

nuestra exigencia mal de su grado. Nosotros, pues, los salvamos a ustedes de un gran conflicto, y ustedes creen que todo lo deben a los ingleses: en Buenos Aires se simpatiza más con ellos que con los americanos. Durante la contienda hemos rechazado constantemente las reclamaciones de España: se quejaba el gobierno de Fernando VII que se suministraba pólvora, municiones, artillería, buques de guerra a los Estados insurreccionados. Muchas veces les he contestado que, según nuestras leyes, el gobierno no podía impedir que los particulares vendiesen y exportasen esos artículos, que si el gobierno español quería comprar navíos de guerra tampoco se impediría que se vendiesen: que de este modo conservábamos inviolable la neutralidad. Esta neutralidad, nos decía Mr. Monroe, era forzada, nos violentábamos mucho por conservarla, porque con gusto habríamos auxiliado a ustedes eficazmente en sus heroicos esfuerzos por una causa en que estábamos tan interesados, como que era la nuestra, pero no podíamos violar el principio que forma la base de nuestro gobierno, el de la estricta neutralidad; el de no intervenir mano armada en las disensiones de los demás pueblos: tal es el carácter de nuestra administración. Teníamos que limitarnos, y harto lo sentíamos, a hacer ardientes y sinceros votos por el triunfo de las armas americanas». En el curso de esta conferencia confidencial el Presidente nos dijo que, cuando el reconocimiento de nuestra independencia, el rey Fernando se había manifestado muy disgustado, y había recibido de muy mal talante al ministro americano en Madrid; pero que él (Mr. Monroe) le había escrito que no le hiciese caso, que Fernando se conformaría mal que le pesase. «Lo he conocido y tratado mucho, agregó, cuando era príncipe de Asturias: entonces yo era ministro plenipotenciario en Madrid, y asistía con frecuencia a sus breves audiencias privadas de la mañana. [...] Con respecto al Brasil, continuó el Presidente, deploramos mucho que se haya erigido allí una monarquía: [...] Cuando el Brasil declaró su independencia de Portugal, nosotros no la reconocimos: habíamos reconocido ya la de los nuevos Estados republicanos, y nos repugnaba hacer otro tanto con el Imperio. Pero el gobierno del Brasil nos envió un encargado de negocios, y éste nos preguntó a nombre de su gobierno si pensábamos o no reconocer al Brasil como nación independiente; el emperador nos invitaba a prestarnos a este acto; y entonces no nos fue posible postergarlo por más tiempo porque habría sido una inconsecuencia de principios no hacerlo así desde que es inconcuso entre nosotros, y así lo hemos declarado, que todos los pueblos tienen derecho de regirse por el sistema de gobierno de su elección, cualquiera que sea.» Nos habló con mucha propiedad sobre nuestra cuestión pendiente con el Brasil, y sus consecuencias probables: estaba perfectamente instruido de todos sus antecedentes: nos deseaba el mejor éxito si la guerra llegaba a declararse; pero nos significó que el gobierno de los Estados Unidos observaría la más estricta neutralidad; porque éste era el espíritu esencial de su sistema administrativo. Al observar la cordialidad de expresión de aquel respetable anciano, último representante notable de la guerra de la independencia, tan elevado en la escala social de su país, como que era su primer magistrado, al considerar lo afectuoso de sus

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

modales, su cordialidad y sus amistosas demostraciones de benevolencia (a mi me llamaba hijo), y todo esto sin derogar en lo más mínimo de su dignidad, volvía a recordar el tono aristocrático, el modo de decir bombástico y la austeridad y tirantez del trato del Sr. Rivadavia. [...] Nos retiramos encantados de nuestra entrevista con Mr. Monroe, no sólo por lo afectuoso y fácil de su trato, sino por el respeto que nos causaba su eminente capacidad y las profundas miras políticas de aquel viejo y experimentado estadista".

Tiempo después y tal cual lo habían comprobado Alvear e Iriarte en su paso por Londres, el ejército imperial del Brasil contaba con el apoyo de la Casa de Austria tanto en hombres como en material.

El ejército republicano de la Argentina sin más contribución que el patriotismo de sus hombres, las fuerzas de sus ideales y el natural don de defender las causas justas, obtiene el triunfo de Ituzaingó, tras el cual trata de no dejar el menor rastro de conquista, ni de humillación que resquebraje la fraternidad americana con su circunstancial contendor.

Alvear, como jefe del ejército republicano, e Iriarte, como jefe superior del cuerpo de artillería, unirían sus destinos una vez más en una causa común trascendente en el campo de la guerra, después de haber sido protagonistas comunes en el campo de la alta diplomacia.

La diafanidad de conceptos es un don poco común, que está íntimamente ligado al orden mental y a la coherencia intelectual.

Quienes hayan leído las memorias del general Tomás de Iriarte (las más extensas del mundo, ya que cubren diez mil páginas) se sorprenderán de los nimios detalles que consigna.

No podrá dudarse de la fidelidad casi taquigráfica de la relatada entrevista con Monroe, proveniente de un memorialista de una minuciosidad tan poco común.

Se nos ocurre que en el despacho de Downing Street - donde Canning convocó a la misión argentina - como un elemento decorativo tradicional más, como podría ser un cuadro, un busto o un cortinado, la ambición colonialista inglesa continuó flotando como un fantasma, inspirador de determinadas políticas a ultranza.

Se nos hace difícil aceptar, sí, que en el despacho de un Monroe, de un Adams, de un Jefferson o de un Clay, podría prosperar un orden de ideas que desvirtuara o tan solo rozara un concepto universalmente consagrado por su propio valor ético, tal cual es el contenido en la doctrina proclamada sin retórica alguna por uno de los prohombres fundadores de la independencia americana. "AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS".